

# CRISIS DEL SUJETO – PERSPECTIVAS DE LA CAPACIDAD DE ACCIÓN. PREGUNTAS A LA TEORÍA CRÍTICA DEL SUJETO\*

*Crisis of the Subject – Outlooks on the Capacity of Action.  
Questions to the Critical Theory of the Subject.*

ALEX DEMIROVIĆ\*\*

[demirovic@em.uni-frankfurt.de](mailto:demirovic@em.uni-frankfurt.de)

Fecha de recepción: 10 de agosto de 2013

Fecha de aceptación: 31 de agosto de 2013

## RESUMEN

Este artículo analiza los procesos de subjetivación en el horizonte de las transformaciones del capitalismo en la etapa neoliberal y sus efectos sociales. A continuación reflexiona sobre la crisis del sujeto y sobre la crítica del concepto de sujeto dentro de las tradiciones de la teoría social crítica. Las preguntas que orientan la reflexión se refieren de manera fundamental a la capacidad de acción emancipadora de los individuos y están dirigidas a la Teoría Crítica en diálogo con el postestructuralismo.

*Palabras clave:* sujeto; capitalismo; neoliberalismo; subjetivación; teoría de la acción; emancipación; Teoría Crítica; Michael Foucault.

## ABSTRACT

This paper analyses the processes of subjectivation in the horizon of the transformations of capitalism in its neoliberal stage, focusing in its social effects. It reflects on the crisis of the subject and reconsiders the critique of the concept of subject within the traditions of critical social theory. Its considerations are led by some questions which mainly refer to the individual's capacity for

---

\* Esta contribución se publicó primeramente en Alex DEMIROVIĆ, Christina KAINDL y Alfred KROVOZA (eds.), *Das Subjekt – zwischen Krise und Emanzipation*. Münster: Westfälisches Dampfboot, 2010, pág. 147-173 y ha sido puesto a disposición de la revista por el autor. El resumen y las palabras clave han sido añadidas por le redacción de *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*.

\*\* Profesor de Ciencias Políticas en la Technische Universität Berlin, Redactor de la revista *Prokla*.

emancipatory action; these questions are addressed to Critical Theory in dialogue with poststructuralism.

*Key words:* subject; capitalism; neoliberalism; subjetivation; action theory; emancipation; Critical Theory; Michael Foucault.

La forma de producción capitalista y la sociedad burguesa han sufrido una amplia reorganización y reestructuración en las últimas tres décadas. En las discusiones estratégicas predominan los argumentos neoliberales combinados con elementos del ideario neoconservador, autoritario y cristiano-milenarista, que exaltan el mercado como si fuera Dios y la competitividad como si se tratara de un acontecimiento salvífico. En nombre del individuo, su capacidad de acción y su libertad se predica la necesidad de apretarse el cinturón, de someterse a las exigencias objetivas del mercado, de satisfacer el imperativo de ser competitivos y de adaptarse a la lógica de la deslocalización. Se exige una conformidad vinculada con la autonomía, la individualidad y la libertad. Parece evidente que la relación entre la libertad burguesa y el conformismo alcanza un nuevo equilibrio.

El compromiso fordista en torno al Estado del Bienestar tuvo como fundamento una regulación previa de los hábitos de buen número de personas agrupadas en grandes colectivos. La economía y la política se basaban en que los hábitos colectivos eran estables, predecibles y uniformes. Para que permanecieran uniformes se desarrollaron los correspondientes modelos económicos, políticos y culturales: en la fábrica el trabajador masificado, en los sistemas sociales la comunidad solidaria de individuos con hábitos cotidianos semejantes y en la industria cultural las formas de residencia y los patrones de tiempo libre. Se privatizó a los individuos y se los sometió al consumismo. La libertad consistía en elegir entre diferentes ofertas que sólo diferían mínimamente entre sí: diferentes automóviles, frigoríficos o lavadoras. Esto iba de la mano con un disciplinamiento de la vida cotidiana. Los individuos debían someterse a una norma disciplinadora, hacia la que debían orientar el perfeccionamiento de su vida. También la sociedad se interpretó en este sentido como una unidad políticamente panificable y programable con la ayuda de las ciencias sociales: el control socio-técnico del comportamiento, el progreso tecnológico, el crecimiento, el pleno empleo, la igualdad de oportunidades de los individuos y la equivalencia de las circunstancias vitales se convirtieron en objetivos del gobierno político. Todo

debía organizarse con vistas a lograr soluciones óptimas definidas de manera científica y tecnocrática.

La rigidez, el conformismo y la uniformidad de las formas de vida en grandes colectivos resultaban oprimentes y se vieron acompañadas de una creciente protesta subcultural o en forma de revolución cultural, en cuyo centro se encontraba la necesidad de autonomía, individualidad y discrepancia, esto es, el deseo de poder ser diferente sin temor. La estrategia neoliberal ha llevado a cabo una modificación transformista de la formación social capitalista para poder servirse del contenido en esas metas e ideas y aprovecharlo para la reproducción ampliada del capital. Todo avanza, excepto el conjunto. El neoliberalismo promete libertad, individualidad y autonomía. Intensifica las diferencias entre los individuos y los grupos, entre los diferentes proyectos de vida y las prácticas culturales. Al mismo tiempo se les da a entender a los individuos que ya no existen certezas ni horizontes de expectativas estables. En la metafísica de la incertidumbre se exagera lo que constituye la estrategia de dominación del bando burgués: arrojar a los individuos a situaciones de vida precarias, a la competitividad y a las incertidumbres de horizontes vitales cada vez más fugaces y que se vuelven continuamente obsoletos, para descargar así sobre ellos las consecuencias negativas de la apropiación de la riqueza y de la crisis y dominarlos por medio de la contingencia.<sup>1</sup> Los derechos conquistados en la lucha política son recortados o eliminados. Se exige de los individuos que asuman su responsabilidad y planifiquen su vida, aunque dispongan cada vez menos de los medios para ello. Esto es bien conocido, pero no queda otra alternativa que intentarlo. De lo contrario amenaza con cumplirse la ley de la *self fulfilling prophecy*: si no intentas tomar las riendas de tu vida, crearás aquellas condiciones que harán que se produzca aquello que debes temer. Los individuos sólo pueden contar con el apoyo de la sociedad bajo el supuesto de que se trate de ayuda para la autoayuda. La autonomía pasa de ser un deseo y una esperanza a convertirse en una exigencia y una coacción provenientes de fuera. El estímulo a ser autónomo, a atreverse a pensar, a tener la esperanza de actuar de manera independiente, se convierte en un imperativo autoritario: si tú no te ayudas a ti mismo no te va a ayudar nadie. La sabiduría tradicional se impone, y cualquier estudiante novato puede repetirla maquinalmente, que en la sociedad propietarista todo el mundo sólo lucha en su propio

<sup>1</sup> Cf. Alex DEMIROVIĆ, "Der Sturz ins Ungewisse. Anthony Giddens und die Neuorientierung der Sozialdemokratie, en *Widerspruch* 34, Diciembre, 1997 y Id., "Herrschaft durch Kontingenz", en H.-J. Bieling/K. Dörre/J. Steinhilber/H.-J. Urban (eds.), *Flexibler Kapitalismus. Analysen – Kritik – Politische Praxis*, Hamburg: VSA, 2001.

beneficio, todos son codiciosos y egoístas y no existe ningún objetivo común –salvo que todos se esfuerzan por sobrevivir a costa de los demás y por enriquecerse. La meta común, la forma de vida compartida, separa a unos individuos de otros. Y esto pese a que los mercados, los productos, el expolio de los recursos y de las capacidades de trabajo y la vida cotidiana están controlados por unos pocos miles de empresas.

¿Qué provoca el capitalismo neoliberal en los sujetos? ¿Cómo interviene en ellos? ¿Cómo los transforma? ¿Cómo reaccionan los individuos ante el hecho de que se espere de ellos que se distancien de la sociedad en la que sin embargo viven con otros y se conciben a sí mismos como combatientes en la lucha por la supervivencia de individuos, empresas, Estados y regiones? ¿Cómo reaccionan ante el hecho de que se flexibilicen los ritmos de trabajo, de que se difuminen los límites entre trabajo y tiempo libre, de que las expectativas estables pierdan su validez y los planes de vida se vean confrontados con nuevas incertidumbres? ¿O ante el hecho de que las mujeres participen en una medida históricamente desconocida en la educación, en los procesos políticos de formación de la conciencia y de decisión o que tengan una actividad laboral en todos los niveles de la división jerárquica del trabajo –al tiempo que las formas de comportamiento masculinas se perciben como algo superado en la vida privada y pública y se las critica por insuficientes? ¿O ante la disolución de las evidencias respecto a las rígidas normas heterosexuales y el reconocimiento del carácter patriarcal, sexista, violento, forzado e impuesto de los compromisos de género y la reevaluación de esos comportamientos? ¿O ante la transformación de los tipos de familia, que lleva a altos índices de divorcios y a la superposición de distintas constelaciones familiares? ¿O ante una organización de los procesos institucionales de educación que desbarata los ritmos biográficos asentados de niñez, niñez escolarizada, formación profesional o universitaria, ejercicio profesional y finalmente jubilación? ¿O ante la ampliación de los ejes de actividad dietéticos, culturales, comunicativos, tecnológicos, económicos, ecológicos o políticos, que virtualmente acaban abarcando el conjunto del planeta? ¿Se trata de nuevas libertades que los individuos se apropian cada día con regocijo: autorresponsabilidad, autonomía, empresarización de sí mismos, independencia ofrecida por el nomadismo laboral? ¿Se trata de demandas que les ayudan a “crecer” y a las que con el tiempo pueden responder o se trata de imposiciones, es más, de enormes imposiciones, que los individuos no pueden cumplir? ¿Pueden atribuirse a sí mismos esos desarrollos como elementos constitutivos de su capacidad de acción en

calidad de sujetos, es decir, pueden presuponer su participación activa en esos procesos de transformación? ¿No han de sentirse más bien abrumados por ellos? ¿Consideran la incertidumbre a la que se ven expuestos un reto interesante que da a sus vidas un nuevo sentido, la sensación de una capacidad deportiva de rendimiento, de vigor y competencia para gobernar su vida? ¿O reaccionan con miedo siguiendo un modelo sobradamente conocido?

“Quien hoy en día no se comporta según las reglas económicas raramente va a la ruina de modo inmediato. Pero en el horizonte se dibuja el desclasamiento. Se hace visible el camino hacia lo asocial, lo criminal: la negativa a colaborar levanta sospechas y expone a la venganza de la sociedad incluso a quien todavía no necesita pasar hambre o dormir bajo un puente. Pero el miedo a ser excluido, la sanción social del comportamiento económico hace tiempo que se interiorizó con otros tabús y se sedimentó en el individuo”<sup>2</sup>.

¿Se refugian los individuos en comunidades restringidas de relaciones privadas o en comunidades étnico-raciales, religiosas, regionales o nacionales, aunque esas formas comunitarias regresivas parezcan perder su fundamento en el proceso de socialización mundial? ¿Se trata sólo de regresiones pasajeras? ¿Hasta qué punto su potencial representa una amenaza?, ¿quién puede utilizarlo políticamente y para qué objetivos? Y quizás lo más importante: ¿Qué sucede con las pretensiones de autonomía y libertad, si esos conceptos son precisamente aquellos en los que los sujetos experimentan tal violencia social y tales exigencias de aislamiento de los otros, de privatización y de apropiación dominadora de su contexto social, de competitividad, de demostración de ‘virilidad’? ¿Pierden los sujetos su capacidad de acción cuando no captan reflexivamente de manera adecuada los procesos sociales y no pueden reconocer su participación en ellos y sus posibilidades de intervención? ¿Se ven cercenadas así las posibilidades de emancipación?

En los últimos años se han realizado numerosos análisis sobre la situación anímica del sujeto, sobre las restricciones de la libertad, así como sobre su despliegue a través de la globalización y la remodelación de las condiciones de vida de los individuos. La nueva intervención sobre el sujeto se expresa en fórmulas como el Yo-S.A., el Sí-mismo-S.A., Yo y Cía. o la de empresario de su propia fuerza de trabajo. La subjetividad de los individuos es percibida sobre todo como factor económico.

<sup>2</sup> Theodor W. ADORNO, “Zum Verhältnis von Soziologie und Psychologie”, en Id., *Gesammelte Schriften*, ed. p. R. Tiedemann et al., T. 8, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1972 [1955], pág. 47 (trad. cast. Madrid: Akal 2005).

En la cadena de producción taylorista, que no puede ser considerada la más extendida, pero sí el modelo hegemónico de la organización del trabajo, la planificación desde arriba, la fragmentación y la estandarización de los procesos de trabajo excluía el componente subjetivo del asalariado, desterrándolo a la esfera del tiempo libre organizada por medio de la industria cultural, y prescindiendo por tanto del saber experiencial de los trabajadores. De esta manera se reforzó la indiferencia y el sinsentido que frecuentemente son inherentes al proceso de trabajo capitalista de todos modos. Las consecuencias fueron la ineficiencia, el sabotaje o las grandes luchas obreras contra el régimen fabril, contra el control desde arriba, el registro del tiempo y los jefes. Las nuevas estrategias de gerencia empresarial buscan, por el contrario, explotar ese saber experiencial y las competencias subjetivas como reserva no agotada de productividad. La subjetividad de los asalariados se pone al servicio de la empresa haciendo que los individuos adquieran una relación consigo mismos basada en la competitividad por medio de nuevos mecanismos de dirección afines al mercado. Han de convertirse en empresarios de sí mismos y controlar de manera autónoma sus rendimientos. Para ello se revalorizan las capacidades creativas, comunicativas y sociales, la motivación y el compromiso de los individuos. Se fuerza a los asalariados a asumir la responsabilidad del mejoramiento de su fuerza de trabajo y su productividad, así como del cuidado de su existencia. Ya no se acepta una actitud distanciada de los trabajadores o una mera mentalidad de cumplir con la tarea asignada, sino que se las considera una especie de capitulación anímica.

Este tipo de formas nuevas de trabajo tienen consecuencias para las relaciones de los individuos consigo mismos y con los otros. Kathrin Röggla, con el apoyo de entrevistas realizadas por ella, describe así la situación de los empleados en tareas de dirección. El *asociado senior*: “muestra su preferencia por relaciones a distancia. esto todavía se podría compatibilizar con la carga profesional. pero una vida familiar normal no sería posible”<sup>3</sup>. La *gestora de clientes clave* dice de sí misma: “no tiene vida privada. no, que ella sepa. no, pero en caso afirmativo, habría que informar, pues de vez en cuando le gustaría tenerla”<sup>4</sup>. El trato empresarial consigo mismo, que contempla los rasgos propios de personalidad como portafolio y la propia persona como una especie de sede o emplazamiento que tiene un perfil más o menos competitivo, conduce a la asunción de esas categorías también en la confrontación inte-

<sup>3</sup> Kathrin RÖGGLA, *wir schlafen nicht*, Frankfurt a. M.: Fischer, 2004, pág. 70 [uso de minúsculas en el original. Nota del traductor].

<sup>4</sup> *Ibidem*, pág. 72s.

rior con las propias relaciones íntimas con los otros. “En la borrosa frontera entre la vida pública y la vida privada de Erbe<sup>\*</sup> radicó el que se viera obligado, después de una evaluación exhaustiva, a elegir la opción ‘separación de Magda’<sup>\*\*</sup>. Uno como él, con un presupuesto privado de representación de unos 70.000 francos, también está en deuda con la empresa a nivel estético. Y –es inútil negarlo– en este sentido el rendimiento de Magda dejaba cada año más que desear. [...] No es cierto que no hubiera dado a Magda ninguna oportunidad para corregir el asunto. En el ámbito privado Erbe también es ecuánime en lo que respecta a decisiones de personal. Al contrario: tuvo varias entrevistas de cualificación con Magda sin previa concertación de cita. [...] En otras circunstancias hubiera concedido a Magda una prima de fidelidad por haber pertenecido al equipo durante tantos años y le hubiera cedido un amplio margen de libre disposición en el eje temporal”<sup>5</sup>.

¿Pero resulta plausible suponer que efectivamente los individuos se mercantilizan y se empresaricen hasta en lo más íntimo de sí? ¿Qué sucede con los individuos, con la subjetividad de los individuos, si cada una de sus cualidades no es más que un instrumento de maximización del beneficio, de aseguramiento de la supervivencia, una oferta en un supermercado rico en capacidades subjetivas, siempre en peligro de no hallar ningún comprador, ningún reconocimiento? Karl Polanyi<sup>6</sup> advirtió en los primeros años 40 del siglo pasado que una socialización basada exclusivamente en un mercado autorregulado llevaría irremisiblemente a la destrucción de los seres humanos y de la civilización. Una conclusión de este tipo sería todavía más pertinente para el capitalismo reorganizado de modo neoliberal. Con el frecuente cambio de los horarios de trabajo, los proyectos, las competencias, el saber, los intereses, las relaciones sociales, los lugares y los hábitos cotidianos; pero también, por otra parte, con la uniformidad y similitud de esa cotidianeidad: siempre los mismos trenes, aviones, áreas de servicios de las autopistas, habitaciones de hotel, contenedores habitables, ropa, restaurantes, cafeterías, tendencias prefabricadas en cuestiones de gusto, costumbres, rituales sociales de bienvenida o conversación, el individuo se convierte en un “kit” de construcción modular. Aislado de amigos, parejas y niños, ha de poder abandonar y cambiar rápidamente las experiencias, los

\* Nombre del esposo.

\*\* Nombre de la esposa.

<sup>5</sup> Martin SUTER, *Business Class. Neue Geschichten aus der Welt des Managements*, Zürich: Diogenes, 2004, pág.73s.

<sup>6</sup> Karl POLANYI, *The Great Transformation. Politische und ökonomische Ursprünge von Gesellschaften und Gesellschaftssystemen*, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1978, pág. 19s. (trad. cast. México: FCE 1992).

saberes adquiridos, los contextos sociales, los vínculos emocionales y las relaciones. Movilizado de esa manera, desaparece casi por completo la posibilidad de recuperarse y encontrarse a sí mismo –“*up in the air*”. La función subjetiva, que consiste en un conjunto de experiencias y de restos de conocimiento que han penetrado en el cuerpo, en la actitud y en la orientación hacia el futuro, se ve desestabilizada. Richard Sennett hace referencia a que el capitalismo cortoplacista amenaza aquellas cualidades del carácter que vinculan a los seres humanos entre sí y proporcionan al individuo un sentimiento estable de dignidad propia.<sup>7</sup> La relación consigo mismo, la observación de la propia persona, la reflexión sobre el propio yo, la reflexividad, el cuestionamiento de la propia persona, la prudente transformación de los criterios de valoración y de las formas de comportamiento, también la capacidad de soportarse a sí mismo, los deseos y metas, las prácticas cotidianas y las acciones planteadas a largo plazo: todo esto está en cuestión.

¿No se sigue también de aquí, en una perspectiva crítica y emancipadora, que está en peligro la capacidad de acción del individuo para transformar la situación en la que vive? Siempre ágil, siempre flexible, no encuentra ni en sí mismo ni en sus relaciones aquellas continuidades, coordinadas, criterios y relaciones personales que respaldarían una praxis de intervención. La cuestión de la capacidad de acción se agrava en una paradoja temporal: los individuos carecen del tiempo necesario para ocuparse de su vida en común y actuar de manera emancipadora. Las posibilidades sociales de actuación parecen bloqueadas. Desde el punto de vista de la teoría de la acción, antes las izquierdas podían presuponer que los hombres se defenderían y adoptarían una perspectiva emancipadora porque se les explotaba y oprimía. Aunque no ha quedado probado que esta suposición fuera falsa, la conexión resultó ser menos directa e inmediata, como pudieron comprobar apesadumbrados aquellos que tomaron la iniciativa de una acción emancipadora porque no querían soportar más la situación pasivamente y esperar a que otros empezaran a actuar. A causa del influjo de la coacción, las ideologías, la ocupación libidinal de objetos, la costumbre, la disciplina, la normalización, el consumo de actividades de la industria cultural como el deporte, los viajes, las compras, etc., los individuos eran menos críticos y estaban menos dispuestos a la acción de lo que cabía esperar. Una tesis de este tipo, condicionada por la desesperación, seguramente resultó ser exagerada y siempre es posible constatar la existencia de protestas y luchas de los

<sup>7</sup> Cf. Richard SENNETT, *Der flexible Mensch. Die Kultur des neuen Kapitalismus*, Berlin: Berlin Verlag, 1998, pág. 31 (trad. cast. Barcelona: Anagrama 2006).

asalariados a lo largo de las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, los partidos y los sindicatos vinculados al movimiento obrero cambiaron su carácter y se debilitaron los ambientes y tradiciones en los que transmitir experiencias, conocimientos y prácticas organizativas, así como reclutar a personas más jóvenes. No existía la experiencia de miseria, la falta de democracia, el grado de opresión y la presión que había llevado en las décadas y los siglos precedentes a la indignación; tampoco la necesidad y la disposición a movilizar un tiempo de la propia vida o quizás incluso la propia existencia a favor de las transformaciones sociales urgentes. Desde los movimientos de protesta de los años 60 del siglo pasado se dio por supuesto que la acción emancipadora tenía menos sostén entre los asalariados que entre los estratos bien formados de la clase media, que, firmemente convencidos de las normas de la democracia, capaces de reflexión y de cuestionamiento crítico de las legitimaciones sociales del ejercicio del poder, se comprometían de una forma políticamente no convencional a reclamar el cumplimiento de las promesas normativas de la sociedad burguesa. Pero, por otra parte, las formas de vida y trabajo y las reivindicaciones que surgieron en este entorno contribuyeron de forma considerable a la disolución de los límites del trabajo, a la movilidad y a la flexibilidad. La protesta estaba enraizada en la vida cotidiana de los ambientes estudiantiles y subculturales. Por consiguiente la movilidad se apoderó de los mismos movimientos: los temas, las personas, las prácticas de protesta y los modelos de organización fluctuaban. Los compromisos particulares ganaban en densidad y cristalizaban en torno a temas, organizaciones y ciclos de protesta más amplios (protestas contra las centrales atómicas o el rearme, auto-organización en centros de mujeres o grupos de lectura de Marx, en grupos antifascistas o iniciativas políticas, oposición a la extrema derecha, a las cumbres del G-8 o a las estrategias dominantes de solución de la crisis), pero sin lograr estabilidad más que por un corto período de tiempo. La importancia que en este tipo de compromiso tenían factores como la situación laboral y salarial, la etapa de la vida, la fase de la carrera, la situación familiar y la disponibilidad de tiempo libre puede constatarse repetidamente. En la medida en que hoy los individuos no sólo son activados por la industria cultura, sino también por la situación laboral, por la participación en comunicaciones y en relaciones sociales, por los temas continuamente cambiantes de la discusión pública, así como, finalmente, también por la relación consigo mismos, posiblemente resulte más difícil disponer de recursos de acción. ¿Podría ser que no se trate de una coyuntura especial que limita la posibilidad de actuar, sino que quizás incluso la acción mis-

ma esté cuestionada radicalmente y que, por lo tanto, se haya producido o aún se siga produciendo aquello frente a lo que Polanyi lanzó su advertencia? ¿Se pierden tales advertencias en el vacío porque aquellos que se benefician de la situación no tienen ningún interés en la transformación de la misma y porque la acción de los individuos sería una amenaza para esa situación?; ¿y los otros ya no pueden promover esa transformación porque se les mantiene ocupados y se les hace perder el tiempo por medio de una multitud de técnicas pastorales?

¿Qué significa esa evolución para la composición interna de los individuos? Si se limitan o frustran las posibilidades individuales o colectivas de acción, entonces esto supone una quiebra del impulso interior de apropiación del mundo, del empuje hacia fuera y de la cooperación con los otros. Pero, lógicamente, el bloqueo de la acción es intolerable y el sinsentido ha de ser soportable. Ya se han descrito insistentemente muchas de las exigencias impuestas a los individuos así como sus transformaciones: sometimiento conformista a las agencias de dominación y a los poderes anónimos como el mercado, disciplinamiento a través de medidas para favorecer el empleo o de sistemas de evaluación del rendimiento, cadenas globales de producción y consumo que escapan a la experiencia. Al mismo tiempo, la forma de vida reestructurada por el neoliberalismo también muestra números aspectos emancipadores: disolución de un rígido corsé temporal, apertura de la moral sexual, erosión de los modelos tradicionales de género y de pareja, coordinación comunicativa de la acción, generalización de las posibilidades de formación, movilidad y urbanización. ¿Pero de qué manera se forman los propios individuos, sus modelos de comportamiento vigentes durante largos periodos de tiempo, sus cuerpos, sus orientaciones y sus potenciales de acción? Extrañamente no se oye nada de aquella tradición que desde los años 20 del siglo pasado ha intentado unir el proyecto de emancipación con una visión crítica de psicología y de psicología profunda para poder explicar la organización interna de los individuos y los efectos que produce el proceso social en su vida instintiva y, al contrario, los efectos que produce la formación de las instancias psíquicas de los individuos en su comportamiento y en los procesos sociales. En los propios movimientos de emancipación pueden encontrarse motivos para este silencio. La teorización crítica desarrolló objeciones frente a tales supuestos. El psicoanálisis freudiano, con sus presunciones sobre la normalidad, reveló ser normativo y afirmó orientaciones heterosexuales. Además, la crítica que podía posibilitar parecía muy limitada: una crítica de la represión de la sexualidad y una liberación del deseo. La conexión establecida en algunos enfoques de la

teoría crítica entre la moral sexual represiva, la sexualidad satisfactoria, las estructuras familiares, la formación del carácter y la revolución reveló ser una deducción errónea. No tomó en consideración de qué manera se estimulaba el deseo a través de la represión y las prohibiciones, cómo se multiplicaba, cómo se generaba, clasificaba, analizaba y patologizaba una multiplicidad de perversiones, cómo la sociedad misma era sexualizada y cómo el poder se apoyaba precisamente en el dispositivo de la sexualidad.<sup>8</sup> Para comprender los procesos de violencia simbólica entre las clases sociales o entre los géneros no es estrictamente necesario recurrir a la psicología y a las aportaciones de pruebas y las fijaciones caracteriológicas de los individuos que están vinculadas con ella; incluso resultan confusas, porque los procesos sociales son imputados a los individuos. Donde la vieja Teoría Crítica hablaba del carácter, Pierre Bourdieu habla de hábito. El hábito es un esquema de comportamiento y búsqueda incorporado a través de la socialización. Con el hábito, los individuos buscan y se procuran precisamente las situaciones en las que ellos mismos reproducen de nuevo su posición dominante o subordinada. Sin embargo, Bourdieu no pretende esclarecer el proceso de socialización y menos el lado de ese proceso que tiene que ver con la dinámica libidinal. ¿Tiene sentido, entonces, volver a recurrir al psicoanálisis o a una psicología crítica? ¿Prometen los abordajes psicológicos efectivamente nuevas perspectivas? ¿Y, en ese caso, perspectivas respecto a qué? ¿Qué se sabe cuándo se es capaz de diferenciar las orientaciones postmodernas del yo de otras formas caracteriológicas como el narcisismo, el egoísmo o el carácter marcado por el marketing?<sup>9</sup>

En los años 20 y 30 del siglo pasado, la tradición crítica vinculó psicoanálisis con marxismo para poder dar cuenta de las transformaciones del sujeto de aquella época. Esto obedecía a la toma de conciencia de que la autocomprensión ideológica que los individuos manifiestan explícitamente poco dice sobre las tendencias de su orientación y su comportamiento. La actuación de cada uno de ellos tampoco está determinada de modo directo y lineal por la posición de clase. Con las instancias psicológicas se incorporan mecanismos mediadores que pueden quebrar, acelerar o frenar positiva o negativamente las tendencias sociales. Si la teoría crítica de

---

<sup>8</sup> Cf. Michel FOUCAULT, *Sexualität und Wahrheit*, T. 1: *Der Wille zum Wissen*, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1977 (trad. cast. Madrid: Biblioteca Nueva, 2012); Alex DEMIROVIĆ, *Das Problem der Macht bei Michel Foucault*, IPW Working Paper N° 21/2008, Institut für Politikwissenschaft, Universität Wien, [http://public.univie.ac.at/fileadmin/user\\_upload/inst\\_politikwiss/IPW\\_Working\\_Papers/IPW-Working-Papers-02-2008-Dcmirovic.pdf](http://public.univie.ac.at/fileadmin/user_upload/inst_politikwiss/IPW_Working_Papers/IPW-Working-Papers-02-2008-Dcmirovic.pdf).

<sup>9</sup> Cf. Rainer FUNK, *Ich und Wir. Psychoanalyse des postmodernen Menschen*, München: dtv, 2005.

la sociedad quiere evitar metodológicamente una subordinación de la acción de los individuos al colectivo, entonces –si ya no se puede contar con ninguna reconciliación inminente de lo universal y lo singular– por lo menos tiene que contribuir a que se mantenga la tensión y a que los intereses de los individuos encuentren acogida en la definición del bien común social. La dinámica libidinal y la instancia del yo no deben ser completamente usurpadas por las instancias sociales. Y para mantener la tensión entre los individuos y la sociedad, a los representantes de la antigua Teoría Crítica les parecía necesario dirigir su atención a los mecanismos que impedían a los individuos hacer valer ese interés individual por su felicidad. Esto determinó los trabajos de investigación del Instituto de Investigación Social sobre todo durante los años 30 del siglo pasado. Tal como manifiesta el diagnóstico de Horkheimer en “Historia y psicología” (1932), diagnóstico que hoy nos resulta actual y familiar a la vista de una economía del corto plazo y del cambio acelerado en lugar de contratos e instituciones estables,<sup>10</sup> se temía que teniendo en cuenta la aceleración del desarrollo económico y el cambio veloz de hábitos, modas, ideas morales y estéticas que resulta de ese proceso, a éstas no les quedaba tiempo suficiente para solidificarse y convertirse en verdaderas cualidades de los seres humanos. En una fase histórica especial de estas características adquirirían importancia los factores relativamente constantes de la estructura psíquica y también la psicología general ganaría valor cognitivo. En razón de las transformaciones sociales, la psique se convierte en un factor decisivo. En ulteriores análisis provenientes del entorno del Instituto de Investigación Social se argumentaba que con el debilitamiento del súper-yo –esto es, de la autoridad del padre– también se debilitaba el “yo” en cuanto instancia psíquica que media entre los impulsos y las reglas sociales por las que son permitidos. Para poder mantener bajo control los impulsos libidinales, el “yo”, es decir, el sujeto, que si nos atenemos a su pretensión representa la autonomía, dependía cada vez más del recurso a una autoridad externa y de recibir en la figura del caudillo o en la industria cultural la instrucción y el apoyo externo para hacer frente a la renuncia libidinal. Esto cuajó, según la consideración de la Teoría Crítica, en una estructuración del carácter muy extendida, que hacía esperable un determinado comportamiento: el conformismo, esto es, la asunción de reglas, modelos de conducta y criterios de valoración sociales en la apercepción interna de los

<sup>10</sup> Cf. David HARVEY, *Kleine Geschichte des Neoliberalismus*, Zürich: Rotpunktverlag, 2007 (trad. cast. Madrid: Akal, 2007); Klaus DÖRRE /Stephan LESSENICH/Hartmut ROSA, *Soziologie - Kapitalismus - Kritik. Eine Debatte*, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2009.

individuos. El sujeto y las instancias exteriores se entrelazaban formando una unidad. Aunque cuando se les requería, este tipo de caracteres dependientes de la autoridad podían expresar contenidos ideológicos liberal-democráticos o socialistas, también esto podía considerarse resultado del conformismo que, en cualquier momento, podía ser movilizad con fines autoritarios.

¿Seguimos enfrentándonos hoy a la continuidad de este síndrome, que habría sido transmitido de generación en generación? Esto es lo que parecen sugerir las emisiones televisivas, los acontecimientos deportivos, la cultura de los eventos y los acontecimientos musicales, que cada uno a su manera consiguen movilizar y reunir a cientos de miles o millones de personas de forma tanto activa como pasiva. Al mismo tiempo resulta evidente que estas convocatorias culturales están hoy muy diferenciadas por entornos y clases sociales y exigen muy a menudo una enorme proporción de actitudes liberales y permisivas: cosmopolitismo, anti-racismo y defensa de las relaciones homoeróticas. ¿Cómo es posible compaginar ambas cosas? ¿Cabe temer un nuevo debilitamiento del súper-yo y del yo, o incluso una corrosión del carácter, tal como supone Sennett? El mismo carácter dependiente de la autoridad, en la medida en que todavía sigue siendo un carácter, constituiría un modelo psíquico superado para el ejercicio de la dominación, porque no puede ajustarse de manera lo suficientemente rápida y flexible a nuevas circunstancias e incluso todavía presenta demasiadas propiedades patológicas (proyección pática, antiintracepción, insuficiente capacidad reflexiva, baja capacidad discursiva, modelos de prejuicios estables). Grupos de personas con estas características pueden “ser colocados en primera línea” en razón de los objetivos del ejercicio del poder y del potencial de amenaza social, aunque al mismo tiempo estén fuertemente controlados –por medio de programas contra la extrema derecha, de asistencia social, de servicios de inteligencia policiales– y sólo se permita su actuación de manera dosificada, sin combatirlos de manera verdaderamente decidida.

¿Se puede contraponer a estos desarrollos, tal como hacen los intentos más recientes en la Teoría Crítica, una lucha por el reconocimiento de carácter normativo?<sup>11</sup> Una lucha de este tipo tiene como objetivo el reconocimiento como sujeto que es amado y que ama, como persona con los mismos derechos, el reconocimiento de la propia contribución social por medio de otra contribución. Semejante proceso de reconocimiento debe tener cumplimiento en una subjetividad lograda y en una

<sup>11</sup> Cf. Axel HONNETH, *Kampf um Anerkennung. Zur moralischen Grammatik sozialer Konflikte*, Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1992 (trad. cast., Barcelona: Crítica, 1997).

autorrealización, en el respeto de la propia dignidad, del honor o de la integridad. De esta manera, el reconocimiento sirve de criterio normativo para juzgar las relaciones intersubjetivas de reconocimiento. La individualización de las relaciones sociales y la desintegración de la cultura laboral traen consigo patologías del reconocimiento que producen una disminución de la capacidad personal de actuación y deseos difusos de reconocimiento. Pero, ¿cuándo sería normal el deseo mismo de reconocimiento y no superaría el límite hacia lo patológico? ¿Según qué criterios puede juzgarse esto y por quién? ¿Cuál sería el resultado de una valoración recuperada: relaciones de reconocimiento en las que los empresarios y los trabajadores se reconocieran mutuamente como personas que se miran a los ojos a la misma altura? Ocasionalmente esto puede representar una mejora; sin embargo, ya estaría fijada la identidad de los sujetos y de las relaciones bajo las que unos pocos se apropian la capacidad de trabajo vivo de todos los demás para su provecho privado y privan de ello a la vida en común compartida. ¿Qué queda entonces de los objetivos emancipadores de Marx, para el que la emancipación consiste en la superación de esas identidades? En su época, él veía la posibilidad de una emancipación en Alemania sólo

“en la formación de una clase radicalmente esclavizada, de una clase de la sociedad burguesa que no es una clase de la sociedad burguesa, de un estamento social que es la disolución de todos los estamentos sociales, de una esfera que obtiene de sus sufrimientos universales un carácter universal y no reclama ningún derecho especial porque ella no padece una injusticia singular, sino la injusticia en sí, que no puede desafiar en base a un título histórico, sino tan sólo en razón de uno humano. [...] Cuando el proletariado anuncia la disolución del orden mundial hasta ahora existente, tan solo expresa el secreto de su propia existencia, puesto que él es la disolución práctica de ese orden mundial”.<sup>12</sup>

La emancipación significa, en el sentido que le da Marx, la superación del tipo de identidades que produce la sociedad de clases para poder practicar la explotación y la dominación, no el reconocimiento de aquellos que se ven sometidos a esas posiciones del sujeto y en las que son interpelados como tales sujetos.

En el debate de las izquierdas esta cuestión es un asunto pendiente desde hace muchas décadas. Algunos han defendido el objetivo de hacer valer una identidad

<sup>12</sup> Karl MARX, *Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie. Einleitung* (1844), en *Marx-Engels-Werke*, T. 1, Berlin: Dietz, 1972, pág. 390s. (trad. cast. Valencia: Pre-Textos 2014).

que se considera oprimida y bloqueada: la identidad de las mujeres, la identidad de minorías como los maricones, las lesbianas o los inmigrantes. Y para que puedan desplegar libremente esa identidad hay que liberar además a los individuos de la carga de una opresión. Con el reconocimiento de esa identidad se les concederían por fin los derechos de los que han sido privados largamente, mientras otros los disfrutaban desde hace mucho. Esta idea de la emancipación se remonta incluso hasta Marx y Engels, cuando conciben al proletariado como heredero de la gran tradición burguesa. Dentro de la teoría marxista esta idea se inscribe en la tradición de la novela burguesa de formación, tal como fue transmitida de Goethe a Lukács pasando por Hegel. Estoy pensando en la idea según la cual el sujeto se forma a sí mismo en confrontación con el entorno y va creciendo hasta convertirse en una persona cada vez más universal y finalmente consigue una relación llena de sentido con la realidad. El proletariado pasa por un proceso semejante y se despliega en el proceso histórico a través de la producción de un mundo de objetos, aunque no puede experimentarse a sí mismo en un mundo que se presenta ante él como alienado. En el proceso posterior mediado por la experiencia y la formación, el proletariado se apropia de nuevo ese mundo, se reconcilia con él y lo colma con su sentido. La clase trabajadora se convierte al final en una clase para sí, que madura hasta adquirir la figura de una personalidad colectiva completamente formada, encarnando la cultura y la formación burguesas de clase mejor que ella misma, porque esa cultura y esa formación no se ven frustradas por los intereses de clase de cortas miras, dado que, como clase, el proletariado representa al mismo tiempo intereses humanos universales. A su vez, los miembros de esa clase consciente de sí misma desplegarían de nuevo el potencial para ser sujetos polifacéticamente desarrollados y autorrealizados que les es inherente, porque podrían formar una conciencia amplia y apropiarse su mundo en cuanto mundo producido, reconocible y configurable por ellos. De acuerdo con ello, el modelo presupone que una clase particular, a través de la producción del mundo de los objetos y de la cultura, se experimente a sí misma, dice Marx,<sup>13</sup> “no como clase particular, sino como representante de las necesidades sociales en general”, es decir, que reclame en cuanto grupo particular ser al mismo tiempo universal –desde su punto de vista, una pretensión genuinamente burguesa. El ser humano que surgiría de la revolución seguiría siendo el mismo, pero ahora en una forma ya no distorsionada por interés particular alguno.

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 390.

La tradición crítica hace tiempo que ha renunciado justo a ese modelo de emancipación, que sigue siendo fiel a un concepto tradicional de sujeto. Michael Foucault, que en conexión con el postestructuralismo fue especialmente crítico frente al modelo de emancipación humanista, porque lo veía estrechamente vinculado con las disciplinas de las ciencias humanas, disciplinas que, en nombre de la autonomía del individuo, están asociadas a nuevas formas de control y gobierno de los seres humanos, también consideraba que la Teoría Crítica había quedado atrapada en aquella idea clásica de sujeto. Estaría marcada por el humanismo marxista.

“De esa manera se explica su conexión especial con determinados conceptos freudianos. [...] No creo que la Escuela de Fráncfort pudiera aceptar que no recuperemos nuestra identidad perdida, no liberemos nuestra naturaleza cautiva, no debemos establecer nuestra verdad fundamental, sino más bien que debemos encaminarnos hacia algo completamente diferente”<sup>14</sup>.

Eso completamente diferente no es el ser humano tal como lo prefigura su naturaleza o su esencia. “Hemos de crear algo que todavía no existe y de lo que no podemos saber qué será”.<sup>15</sup> Aunque de modo general existan reservas frente al concepto de “hombre nuevo” después del fracaso de los primeros intentos socialistas y comunistas, dado que parece implicar una especie de conformación del individuo mediante una educación dictatorial, Foucault defiende sin fatalismo alguno la búsqueda de un nuevo individuo: “Debemos buscar nuevas formas de subjetividad y rechazar el tipo de individualidad que nos ha sido impuesta durante siglos”<sup>16</sup>. Foucault se opone a una política de la identidad y –como Marx– a unos mecanismos que nos convierten en prisioneros de nuestra propia historia. Así describe las luchas de los movimientos sociales desde los años 60 del siglo pasado:

“Se trata de luchas que ponen en cuestión el estatus del individuo. Por un lado, se oponen a todo aquello que constituye la individualidad del individuo. Por otro lado, se oponen a todo lo que es capaz de aislar al individuo y de escindirlo de los demás, lo que divide a la comunidad, lo que obliga al individuo a recluirse en sí mismo, y lo que le ata a su propia identidad”<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> Michel FOUCAULT, “Gespräch mit Ducio Trombadori” (1980), en Id., *Dits et Ecrits. Schriften*, T. IV, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2005, pág. 93 (trad. cast. Buenos Aires: Amorrortu 2010).

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> Michel FOUCAULT, *Subjekt und Macht* (1982), en Id., *Dits et Ecrits. Schriften*, T. IV, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2005, pág. 251; cf. también Boris GEOYS /Michael HAGEMEISTER, *Die Neue Menschheit - Biopolitische Utopien in Russland zu Beginn des 20. Jahrhunderts*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2005.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pág. 274

Se trata de luchas contra una forma de poder que determina la vida cotidiana, “clasifica a los individuos en categorías, les prescribe su individualidad, los ata a su identidad y les impone la ley de una verdad que han de reconocer en sí mismos y ser reconocida por los demás. Esa forma de poder transforma a los individuos en sujetos”<sup>18</sup>. ¿Qué tipo de teoría crítica de la sociedad sería aquella cuyo criterio de la crítica y su meta más elevada de emancipación consistiera en reconocer además ese resultado de las confrontaciones de poder: el sujeto? El requerimiento de una liberación concreta de la identidad y la individualización, de una lógica de la autorrelación que nos ata a nosotros mismos, incluye también la relación con el cuerpo.

“Aquellos para los que la ‘burguesía’ es sinónimo de exclusión del cuerpo y de represión de la sexualidad y para los que la lucha de clases trata de la eliminación de esa represión, que me perdonen. La filosofía ‘espontánea’ de la burguesía quizás no es tan idealista y castrante como se acostumbra a decir. Uno de sus primeros objetivos era, en todo caso, otorgarse un cuerpo y una sexualidad y asegurarse durante siglos una fuerza, una persistencia y una reproducción de ese cuerpo a través de la organización del dispositivo de la sexualidad. [...] Si la afirmación del cuerpo es una de las formas principales de la conciencia de clase, esto vale sobre todo para la burguesía del siglo XVIII, que transformó la sangre azul de la nobleza en un organismo vigoroso y en una sexualidad saludable. De esta manera resulta comprensible por qué la burguesía se resistió tanto tiempo a reconocer a los otros, esto es, a la clase explotada por ella, un cuerpo y un sexo”<sup>19</sup>.

¿Está esto realmente tan lejos de la vieja Teoría Crítica? Creo que Foucault estaba más cerca de ella de lo que creía; y sabía poco de ella, como él mismo admitió. Esto no sólo resulta interesante desde un punto de vista filosófico, sino también objetivo. Una de las consideraciones más importantes de Horkheimer y Adorno se refiere a la cuestión del dominio de la naturaleza que comprende también la dominación de la naturaleza en el individuo, esto es, la dominación del propio cuerpo, de los sentimientos y del pensamiento mismo. La especial relación social con el cuerpo estaba determinada por formas de la dominación de clase y de género:

“La humanidad tuvo que infringirse cosas terribles hasta que se constituyó el sí mismo, el carácter idéntico, intencional y viril del ser humano, y algo de ello se sigue repitiendo en cada niñez. El esfuerzo por cohesionar el yo ha quedado adherido a él en todas las fases, y siempre existía la tentación de perderse asocia-

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. 245.

<sup>19</sup> Michel FOUCAULT, *Sexualität und Wahrheit*, op. cit., pág. 151s.

da a la determinación por su conservación. [...] El miedo a perder el sí mismo y a eliminar con el sí mismo los límites entre uno mismo y la demás vida, la aversión a la muerte y la destrucción, están emparentados con una promesa de felicidad que amenazaba en todo momento a la civilización. Su camino fue un camino de obediencia y trabajo, sobre el que la realización resplandece continuamente sólo como apariencia, como belleza sin poder. [...] Quien quiera subsistir no debe prestar oído a la tentación de lo irrecuperable, y sólo lo conseguirá si logra no escucharla. La sociedad siempre se ha ocupado de ello. Los trabajadores deben mirar hacia delante lozanos y concentrados y olvidar lo que queda al margen. Deben sublimar obstinadamente todo instinto que lleve a la distracción, lo cual supone un esfuerzo añadido”<sup>20</sup>.

Esto no suena a un programa teórico para defender la forma del sí mismo, forma que debe su existencia, hasta en los gestos corporales, a la exigencia de supervivencia bajo las condiciones que impone la dominación. La subjetividad de los individuos se constituye en una historia de dominación que abarca siglos. El individuo practica la mímica, se adapta y se integra para sobrevivir. Forma un centro estratégico: la razón subjetiva capacitada para el cálculo de oportunidades y la manipulación de los objetos, una razón que se percibe como lo diferente de la naturaleza, aunque en realidad ella misma no sea sino la formación de una reacción natural a la permanente amenaza de la autoconservación. Desde el primer momento de su constitución el sujeto practica ya un manejo táctico de sí mismo, se distancia deliberadamente de sí y se convierte en señor de sí mismo –así es como el individuo se convierte definitivamente en sujeto: se conserva renunciando a sí mismo; recupera una forma desesperada de autonomía distanciada de la naturaleza que coloca al individuo en una posición de superioridad subalterna– el sujeto: subyugador subyugado. Está subordinado a la situación, a las coacciones naturales de la naturaleza externa y de la naturaleza social, se supedita; y al mismo tiempo gana en esa subordinación capacidad de acción y por ello cree controlar por sí mismo la situación. Esta forma de dominado dominar sobre sí mismo y las circunstancias, esta forma de desconocimiento de sí, es característico del sujeto y su función.

“Las necesidades siempre estuvieron mediadas socialmente; hoy se han vuelto completamente externas a sus portadores, y su satisfacción se transforma en el cumplimiento de las reglas de juego de la publicidad. La quintaesencia de la

<sup>20</sup> Max HORKHEIMER /Theodor W. ADORNO, *Dialektik der Aufklärung*, en: Max HORKHEIMER, *Gesammelte Schriften*, T. 5, Frankfurt a. M.: Fischer, 1987, pág. 56s. (trad. cast. Madrid: Trotta, 1994).

racionalidad volcada en la autoconservación de cada uno de los individuos está condenada a la irracionalidad, porque fracasó la formación de un sujeto social universal, la humanidad. [...] El individuo realista y 'sano' es tan poco resistente a las crisis como el sujeto que administra racionalmente su economía es económico. El resultado irracional desde el punto de vista social también es irracional desde el punto de vista individual. El triunfo del yo es un triunfo de la ofuscación por lo particular”<sup>21</sup>.

Contemplada desde esta perspectiva, la interpelación neoliberal y la movilización de la subjetividad de los individuos se mueven por un camino histórico familiar. Adoptando una relación estratégica y calculada en términos económicos consigo mismo, el individuo se constituye como sujeto burgués: los sentimientos como inversiones en un buen negocio, los órganos sexuales como objetos contractuales para el uso por otros –esto es objeto de una aritmética burguesa conocida desde hace tiempo. El neoliberalismo se esfuerza por ampliar la economía a otras partes y a otros microcosmos del cuerpo, a otros sentimientos, al conocimiento y, finalmente, por activar y rentabilizar también la misma función del sujeto, esto es, la visión interior del sentido de los individuos. La función del sujeto producida por el arte de la supervivencia ha de producir de modo activo la relación dominadora de sometimiento y dar dinero. En este sentido, se trata de un nuevo modo de ejercer la dominación: ni de la muda coacción de las relaciones económicas, en el sentido de Marx, ni de la hegemonía, si por ésta se entiende, en el sentido de Gramsci, una relación de gobierno, de producción de un consenso activo sobre la base de las concesiones de la clase dominante. Los individuos deben emplear su función de sujetos de manera autónoma, esto es, por medio de su praxis colectiva basada en la competitividad deben generar situaciones en las que usar permanentemente su subjetividad para su supervivencia individual y experimentar ese uso como confirmación de su autonomía; es decir, como confirmación de su capacidad de apropiarse y configurar las condiciones de vida de manera eficaz y realista, cuando se evalúan constantemente, se orientan por las *best practices*, se optimizan, aumentan su eficiencia, se vinculan y, sin embargo, son movibles y flexibles, de modo calculador unas veces refuerzan una tendencia y otras veces se desvían de ella. No se trata simplemente de conformismo en el sentido de responder a una amplia regulari-

---

<sup>21</sup> Theodor W. ADORNO, “Zum Verhältnis von Soziologie und Psychologie” (1955), en Id., *Gesammelte Schriften*, ed. p. R. Tiedemann et al., T. 8, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1972, pág. 56s. (trad. cast. Madrid: Akal 2005).

dad, a la ley del gran número, a una *economy of scale* –aunque esta siga jugando un papel importante y la participación habitual en espectáculos de masas sea parte constitutiva de la reproducción del sujeto: eventos deportivos, acontecimientos eclesiales y conciertos de música pop. Pero a esto se añade algo nuevo: han de formarse muchas unidades pequeñas que parecen producir de modo espontáneo regularidades estadísticas del comportamiento colectivo y que, sin embargo, son estandarizadas desde arriba siguiendo criterios estadísticos: grupos de estilos de vida, grupos de riesgo, grupos de compradores y grupos de consumidores, que son registrados de modo detallado y diferenciados en distintos *clusters*. Solo pueden ser observados, reconocidos, usados y conducidos desde una posición superior de empresas que operan globalmente y controlan el mercado –a través del registro global de datos y *scorecards*, *cost centers*, *intrepreneurship*, *benchmarks*.

Esto produce numerosas fricciones: primero, en la relación del individuo consigo mismo, incapaz de acelerarse de ese modo y de olvidarse de sí. Segundo, en la relación con la economía que no es eficiente, que no recompensa la movilidad y la flexibilidad, que posee un enorme poder y forma monopolios. El discurso sobre la remuneración ajustada al rendimiento está vinculado lógicamente con esa praxis y traslada los conflictos de reparto al plano de las ganancias por dividendos, es decir, de la formación irracional del precio de la mercancía fuerza de trabajo. Tercero, en relación con la política y el Estado, porque las administraciones se basan en leyes, prescripciones y estándares abstractos, que no se corresponden ni se pueden corresponder con los intereses individuales de movilidad. Así pues, la discusión sobre burocracia y desregulación en un marco de este tipo de dominación resulta interminable, puesto que ese mismo discurso resulta ser un componente estructurador de dicha estrategia de dominación. Un ejemplo: el fracaso de dos aspectos centrales de la reforma de Bolonia –de un lado el intento de homologar los rendimientos académicos a través de *workloads*, de exámenes parciales y puntuación mediante un sistema transferible de créditos, así como de titulaciones homogéneas y, de otro lado, la movilidad en el espacio universitario europeo, dependiente del proceso de homologación– ese fracaso no es una contingencia resultante de una praxis reformadora errónea o mal entendida, sino que resulta de la dinámica de la reforma misma, que en gran medida ha reforzado la administración burocrática de la ciencia frente a la propia ciencia y a sus órganos de autogobierno. Otro ejemplo: la administración laboral reorganizada en base a la Agenda 2010 apenas satisface las exigencias de una promoción de la fuerza de trabajo flexible y móvil, sino que está en

gran medida “divorciada de la realidad” en vista de la situación real de vida de muchos desempleados.

La perspectiva de la antigua Teoría Crítica sobre la subjetividad del individuo es tan crítica como la de Foucault. El “sujeto” se concibe como una función que contribuye a que el individuo realice aquello que debe realizar bajo las condiciones de dominación y explotación. Tanto Adorno como Foucault perciben que la forma social “sujeto” es el resultado de la dominación, una forma en la que se fuerza al individuo a someterse libremente y por voluntad propia a lo que se espera de él. “Pues el sustrato de la psicología, el individuo, refleja en sí mismo la forma de socialización hoy obsoleta”. El acto del intercambio entre los socios del contrato “era el núcleo en torno al cual cristalizó el carácter individual, y la psicología cosificadora le aplica su propia medida. El individuo aislado, el puro sujeto de la autoconservación, en la contraposición frente a la sociedad personifica su principio más íntimo”<sup>22</sup>. Desde la segunda mitad del siglo XIX esa relación social que llamamos “sujeto” sólo se puede reproducir a través de crisis. Esto lleva a una composición orgánica del individuo cada vez más compleja, dado que para la reproducción ampliada del sujeto se forma un dispositivo compacto de técnicas y ciencias humanas, esto es, el dispositivo psíquico-médico que actúa produciendo y conciliando el antagonismo entre los individuos privados y la vida social de los individuos tal como dicho antagonismo se desarrolla en ellos.<sup>23</sup> Por medio de ese dispositivo el individuo es socializado de manera cada vez más completa, aunque desde arriba, de forma heterónoma. Ese dispositivo contribuye a aislar por medio de las ciencias humanas el factor psicológico, a intensificarlo y al mismo tiempo a modelarlo, y a reconciliarlo de manera falsa consigo mismo y con la sociedad. “La técnica que fue concebida para sanar la pulsión de su deformación burguesa, lo deforma a través de su misma emancipación. A los seres humanos a los que anima a reivindicar su pulsión, los adiestra para ser miembros útiles de una totalidad destructiva”<sup>24</sup>. Desde el punto de vista de la antigua Teoría Crítica, la preponderancia de la psicología representa el rasgo distintivo de una coyuntura histórica; aislada de ese manera, la psicología del individuo se autonomiza frente a su vida social. “En la sociedad antagonista, los seres humanos, cada uno de ellos, carecen de identidad consigo mis-

<sup>22</sup> Ibid., pág. 55.

<sup>23</sup> Cf. Françoise CASTEL/Robert CASTEL/Anne LOVELL, *Psychiatisierung des Alltags*, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1982; Eva ILLOUZ, *Die Errettung der modernen Seele*, Frankfurt a. M.: Suhrkamp 2009 (trad. cast., Buenos Aires/Madrid: Katz 2010).

<sup>24</sup> Theodor W. ADORNO, “Zum Verhältnis von Soziologie und Psychologie”, op. cit., pág. 85.

mos, son al mismo tiempo carácter social y psicológico, y en virtud de tal escisión están dañados a priori”<sup>25</sup>. Los seres singulares se convierten en mónadas; el yo representa la coacción de mantener unidos los elementos dispares. El individuo repite sobre sí mismo lo que realiza la sociedad como un todo, esto es, la constitución a través de sus contradicciones que al mismo tiempo ha de negar. “El objetivo de la ‘personalidad bien integrada’ es condenable porque exige de los individuos un equilibrio de fuerzas que no se da y tampoco debería darse en la sociedad existente, porque no todas esas fuerzas tienen el mismo derecho. Se enseña a los individuos a olvidar los conflictos objetivos, en vez de ayudarles a resolverlos”<sup>26</sup>. En razón de esta consideración y de manera semejante a Foucault, Adorno puede interpretar lo excluido y dañado como el principio del conocimiento de las relaciones sociales de poder y dominación y como referente de su superación. “Si hay hoy algo que desde el punto de vista humano permita vislumbrar verdaderamente un estado más elevado, eso siempre es, según la medida de lo existente, a la vez lo dañado y no lo más armónico”<sup>27</sup>. Son las quiebras en los individuos, aquello que se sustrae a la compulsión de la integración, lo que señala las contradicciones de la sociedad.

“La totalidad del carácter que los revisionistas presuponen como existente es un ideal que sólo podría realizarse en una sociedad no traumática. Quien, como en el caso de la mayoría de los revisionistas, critica la sociedad actual, no debe rechazar que ésta se experimenta en shocks, en conmociones abruptas y súbitas, que están condicionadas precisamente por la alienación del individuo respecto de la sociedad. [...] El carácter que hipostasian es efecto en mucha mayor medida de tales shocks que de una experiencia continuada. Su totalidad es ficticia: casi se podría decir que es un sistema de cicatrices que sólo son integradas con sufrimiento y nunca del todo. La producción de estas cicatrices es en realidad la forma como la sociedad se impone en el individuo y no esa continuidad ilusoria en cuyo favor los revisionistas pasan por alto la estructura de shock de la experiencia singular”<sup>28</sup>.

La unicidad del carácter no es esperable ni deseable. El carácter representa un problema; negar sus contradicciones conduciría a desconocer la lógica antagonista de la sociedad misma.

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, pág. 69.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pág. 65.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pág. 67.

<sup>28</sup> Theodor W. ADORNO, “Die revidierte Psychoanalyse” (1952), en *Id.*, *Gesammelte Schriften*, T. 8, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1972, pág. 24 (trad. cast. Madrid: Akal 2005).

“La insistencia en la totalidad, en cuanto contrapunto al impulso singular y fragmentario, implica una fe armnicista en la unidad de la persona, que en la sociedad existente no es posible, *quizás ni siquiera deseable*. [...] La totalidad sedimentada del carácter, que los revisionistas colocan en primer plano, es en realidad el resultado de una cosificación de la experiencia real. Si se la absolutiza, es relativamente fácil que de ahí resulte un refugio ideológico para el *statu quo* psicológico del individuo”<sup>29</sup>.

No hay duda de que Adorno es crítico frente a la idea de una subjetividad armónica y lograda, en tanto que se da por sentado que algo así pueda existir en el presente. Incluso pone entre interrogantes la promesa normativa de la realización de la unidad reconciliada de la persona en el futuro, es decir, la promesa de la subjetividad burguesa. Pero en otro pasaje se ve claramente que rechaza decididamente cualquier utopía psicológica. “Hoy no sólo hay que criticar los ideales psicológicos –como ya en tiempos de Nietzsche–, sino el ideal psicológico en cuanto tal y en cualquier figura. El ser humano ya no es la clave de la humanidad”<sup>30</sup>. Según esto, la defensa de un modelo psicológico como criterio normativo de la crítica de la sociedad se puede interpretar desde la perspectiva de Adorno como una teoría afirmativa. La Teoría Crítica no pretende reforzar la psicología, sino recuperar la dimensión psicológica en el nexo de la vida en el que se reconciliaría la sociedad y el individuo. Esto, cabe especular, transformaría profundamente el dispositivo psíquico de los individuos subjetivados y haría innecesarias las disciplinas correspondientes de las ciencias humanas. Sin embargo, hasta que llegue ese momento, renunciar a un conocimiento en términos de psicología profunda de lo que ocurre en el interior de los individuos y del modo en que son dominados hasta en las emociones más sutiles implicaría una falsa reconciliación. Esto abogaría por una revitalización de la discusión sobre la teoría social que vincule los estudios de gubernamentalidad, los enfoques de psicología crítica, el psicoanálisis, la investigación crítica sobre el racismo o el análisis del discurso, pero sin perder de vista la advertencia de Adorno frente a la pretensión de una unificación teórica de lo que es lógicamente incompatible.

El sujeto es una estructura descentrada y discontinua. Lo que se exige a los individuos con la reorganización neoliberal de la forma de vida capitalista es un grado ulterior de este tipo de vulneración y descentramiento. Adorno temía que lo resis-

<sup>29</sup> *Ibíd.*, pág. 25 (cursiva de A. D.)

<sup>30</sup> *Ibíd.*, pág. 68.

tente y equívoco en el individuo fuera aniquilado por una estrategia de adaptación saludable. Al final se eliminaría todo “lo que va más allá de la presencia inmediata y, con ello, todo lo que constituye al yo. Lo sanado no sería nada más que un nodo de reflejos condicionados”<sup>31</sup>. Hoy más bien hay que temer que la individualidad, la instancia del yo, sea eliminada no tanto por una unidad armonizante, cuanto por un descentramiento en el que cada elemento singular del sujeto es funcionalizado de manera diferente, sin consistencia interna: un poco de supervisión y *coaching*, una terapia ocasional, un poquito de meditación, introspección y recogimiento, un alcoholismo dosificado o consumo de drogas. El descentramiento se convierte en objeto de un amplio dispositivo de prácticas técnico-médicas empresariales y de normalización organizadas en estadísticas, publicidad, artículos de periódico, retóricas de amonestación y apelación a la conciencia por parte de las aseguradoras, los discursos políticos o los servicios médicos: sobre anorexia, obesidad, alimentación equivocada, sedentarismo, consumo moderado de alcohol, cirugía estética, diseño corporal o diagnóstico genético.

¿Hemos de temer que el descentramiento del individuo conduzca a una incapacidad de actuación? Esta pregunta se ha debatido en conexión con el rechazo postestructuralista del sujeto. Lo que el postestructuralismo critica –también en este punto no muy alejado de Adorno– es la idea de un sujeto constitutivo. Por otra parte, a esta crítica se le ha objetado que semejante renuncia al sujeto, que produce sentido, se orienta por normas y es origen de la acción, al que se ha de atribuir –aunque sea de modo contrafáctico– libertad y autonomía, que esa renuncia conduce a un derrotismo y a una pérdida de la posibilidad a actuación política y emancipadora. También en este caso vale lo que Adorno ha criticado repetidamente: se espera poder resolver en la teoría lo que fácticamente es un problema objetivo. ¿Es la teorización postestructuralista la que impide a los individuos actuar de manera emancipadora? Por el contrario, se plantea la pregunta: ¿Actúan de modo emancipador porque antes han sido minuciosamente instruidos por una teoría normativa de la justicia, de la acción comunicativa o de la lucha por el reconocimiento? ¿En qué medida, en qué lugares, en que ocasiones, de qué manera y al lado de quién están presentes los intelectuales con pretensión crítica y emancipadora en las confrontaciones sociales del presente? Mucho de lo que se recubre con un gesto moralizante de advertencia se revela finalmente afirmativo. Pero no es de eso de lo que tratamos aquí, sino más bien de la cuestión de si la crítica del concepto de sujeto

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, pág. 34.

limita la capacidad de actuar políticamente. Judith Butler lo ha negado en su respuesta. Ella critica una construcción del problema que posee un efecto intimidatorio y paralizante. Pues con la suposición de que el cuestionamiento del sujeto imposibilita la política se establece una censura sobre la pregunta por el sujeto y se ignora que también existe una lucha política en torno al estatus del sujeto.<sup>32</sup> La capacidad de actuación pertenece a una concepción de las personas que, “en cuanto actores instrumentales, se enfrentan a un campo social externo”<sup>33</sup>. No es necesario presuponer el sujeto para salvar su capacidad de acción; éste no muestra primero una reflexividad ontológica intacta, para entonces, en un segundo paso, situarse en un contexto cultural. Esto nos indica que no hay que temer una pérdida de sustancia del sujeto o una corrosión del carácter, porque los supuestos que se corresponden con temor carecen de sentido. El efecto del neoliberalismo sería el contrario, es decir, la constitución y la creación de un individuo que está aislado de los otros individuos y escindido de ellos de la manera más radical, que todo lo que puede aprovechar ha de esperararlo de sí mismo. Profundamente desesperado, separado de todo lo que constituye al individuo, es decir, del conjunto de las relaciones sociales, ha de seguir diseñándose a sí mismo como sujeto, descomponiéndose en fragmentos y destacándolos como cualidades especiales, para convertirse y convertirlos en recursos empresarizables. Según Butler, un sujeto de este tipo que actúa de manera instrumental tiene que fracasar por principio, pues las acciones siempre apuntan más allá del sujeto, se entrelazan constantemente con muchas otras acciones y adquieren significaciones no pretendidas por el sujeto. La capacidad de acción no se agota en la acción instrumental. Pues el sujeto es el campo de la posibilidad y el poder de resignificación. A través de la nueva designación y la reconnotación del sujeto se pueden cuestionar y desestabilizar los fundamentos de las identidades. Butler elige el mismo camino que Habermas e inserta el concepto de acción instrumental en un concepto más amplio de acción comunicativa. Pero esto está pensado de manera muy defensiva, pues de esta manera recorta un concepto muy exigente de praxis que no sólo contiene una apropiación y reelaboración semiótica del mundo, sino también su producción en la cooperación colectiva. Esta es la verdadera comunidad de los individuos y la que los vuelve a reunir una y otra vez. El ser humano es esa praxis cooperativa bajo relaciones específicas; no se sitúa frente

<sup>32</sup> Cf. Judith BUTLER, “Kontingente Grundlagen: Der Feminismus und die Frage der ‚Postmoderne‘”, en S. Benhabib/J. Butler/D. Cornell/N. Fraser (eds.), *Der Streit um Differenz. Feminismus und Postmoderne in der Gegenwart*, Frankfurt a. M.: Fischer, 1993, pág. 32 (orig. ing.: New York: Routledge, 1995).

<sup>33</sup> *Ibid.*, pág. 45.

a las relaciones sociales de manera externa, sino que consiste en ellas. “Pero la esencia humana no es algo abstracto que anida en el individuo singular. En su realidad es el conjunto de las relaciones sociales”<sup>34</sup>. Bajo estas relaciones hasta ahora no elegidas libremente por ellos, los individuos siempre actúan libremente y se vuelven a configurar sin cesar reelaborando y transformando permanentemente ese conjunto de relaciones. En esa dinámica penetran y se reproducen las tendencias antagonistas: una que aísla a los individuos, los separa de los otros y los fija a una identidad; otra que los socializa. El conflicto entre ambas tampoco ha sido pacificado por la estrategia de dominación neoliberal. Esto no es motivo para el optimismo, pero tampoco lo es para el pesimismo.

*Traducción de José A. Zamora.*

---

<sup>34</sup> Karl MARX, *Thesen über Feuerbach* (1845), en *Marx-Engels-Werke*, T. 3, Berlin: Dietz, 1969, pág. 6.